

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas

Director:

Luciano Carrouché

Administrador:

Miguel G. Di Ció

Secretario de Redacción:

Italo Luis Grassi

Redactores:

**Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné
Jacobó Waisman - Dívico A. A. Fürnkorn - Luis Marforio**

Año III

Diciembre de 1915

Núm. 30



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

Un criterio americano para encarar los fenómenos económicos

IV

EXÉGESIS

Sinteticemos los capítulos precedentes: Las leyes científicas han perdido la firmeza y rigidez dogmática que durante mucho tiempo les atribuyó el espíritu humano empeñado en reemplazar el dogma religioso por el dogma científico. Se comprende ahora que, en las mismas ciencias exactas, se reducen a menudo, las leyes reconocidas, a una imagen, verdadera según cierto modo de pensar, de la realidad, relatividad que en nada afecta su valor práctico, pues no es demostrada, ni demostrable, por su confrontación con la apariencia sensible (que cae bajo nuestro dominio sensorio) de los fenómenos, sino por su análisis filosófico: la terminología de la ley científica concuerda exactamente con la apariencia del fenómeno; pero su idea íntima no encierra la esencia del fenómeno (1).

(1) Ejemplo: Hasta ahora no sabemos a ciencia cierta "qué es" la electricidad. Sin embargo, aplicamos a los fenómenos eléctricos una terminología que concuerda con su apariencia exterior, que en el terreno de la práctica resulta "verdadera", puesto que nos permite utilizar esos fenómenos. Esa terminología interpreta el hecho, sin llegar a contener su esencia; a lo sumo, corresponde a uno de los aspectos de la realidad. La relatividad de la verdad científica aparece claramente en el párrafo siguiente, que traducimos del número del 15 de octubre de 1904 de la "Revue des Idées":

"El más sencillo fenómeno natural toma aspectos muy diversos según el aparato analizador que recibe su impresión. Por ejemplo, en cierta pequeña reacción química el termómetro sólo comprueba una reacción térmica, el galvanómetro una reacción eléctrica; para mi ojo no es más que un cambio de color, para mi oído un ruido, para mi olfato un olor, etc. Es, sin embargo, un

En tratándose de ciencias económicas o sociales, la ley es de verdad relativa, no sólo en cuanto atañe a la interpretación de la esencia de los hechos que pueda darnos, sino en cuanto a su misma concordancia con el aspecto sensible de esos hechos. Es generalmente arbitraria: se forma con el relacionamiento de cierto número de hechos, prescindiéndose de otros que el observador ignora o desdeña. Es una hipótesis que se transforma en teoría y luego en ley, sin que haya habido posibilidad de verificar prácticamente su exactitud, puesto que no se puede producir la experiencia a voluntad, y cuando se presentan espontáneamente en la vida social los fenómenos que han sido sistematizados, sólo percibimos uno u otro de sus aspectos, y sólo imaginativamente nos es dado desligarlos de los factores concomitantes ajenos a la teoría formada. Sin embargo, nos es necesaria esa ley arbitraria, para

solo y mismo fenómeno, pero cada cual toma en el aquello que es capaz de registrar”.

La misma idea es demostrada también muy claramente en el siguiente ejemplo:

“Una frase musical es representada sobre el fonógrafo por una línea sinuosa. Por otra parte, la misma frase musical se presenta a nuestro oído bajo forma de una serie de presiones que se transmiten, en los líquidos auriculares, hasta las terminaciones sensoriales del nervio auditivo.

“Esta serie de presiones es ya diferente del movimiento registrado sobre el fonógrafo; pero es verosímil que varía de un modo *correspondiente*, es decir que un matemático que haya escrito la ecuación analítica de la línea del fonógrafo, podría expresar, por medio de la misma ecuación, la serie de presiones transmitidas por la linfa de la oreja, con tal que esas presiones fueran medidas con una unidad conveniente.

“La serie de presiones transmitidas por la linfa de la oreja determina en el nervio auditivo una serie correspondiente de influjos nerviosos de los que nada sabemos, salvo que nos hacen conocer con precisión la frase musical cantada cerca de nosotros, y que nos permiten distinguir esta frase de todas las demás frases musicales. Pero eso basta para que estemos seguros de que, medida con una unidad conveniente, esta serie de influjos nerviosos pueda ser, ella también, representada por la ecuación algebraica a la que nos referíamos.

“He, pues, aquí una serie de tres fenómenos que podemos describir de tres modos distintos, primero como fenómeno geométrico (línea sinuosa del fonógrafo), luego como fenómeno barométrico (serie de presiones de los líquidos auriculares), por fin como fenómeno protoplásmico (serie de influjos nerviosos que pasan por nuestro nervio auditivo)”.

(*Science et Conscience*, Félix Le Dantec).

llegar a una representación inteligible — más o menos rudimentaria, incompleta e inexacta — de la vida compleja y multiforme de la colectividad. Pero no debemos perder de vista, al aplicarla, que antes que una verdad, aún relativa, es un valor convencional, una tentativa de interpretación, un “instrumento” para nuestras facultades intelectuales (1). En tierra cisleatlántica se acentúa tal carácter en razón de la inestabilidad de los factores sociales y la rapidez de la evolución de las colectividades, que alteran constantemente el medio, quitando todo valor, en tanto que elementos de juicio, a las observaciones hechas pocos años atrás.

Se deduce de esto que tenemos que conservar una gran libertad de espíritu ante las doctrinas o leyes económicas ya existentes — elaboradas siempre mediante el estudio de los fenómenos europeos — y que ha de sernos sumamente difícil elaborar teorías interpretativas de la vida económica de estas sociedades, teorías sin las cuales parecería imposible influir sobre su evolución. A pesar de tal dificultad, nos es dado buscar un concepto que, sin destruir las doctrinas transoceánicas, reservándonos la libertad de usarlas como instrumentos, nos permita coordinar nuestros fenómenos económicos y resolver de modo uniforme los problemas que originan. Este concepto debe ser bastante general para poderse aplicar a los múltiples aspectos de la vida económica, permanecer alejado de toda rigidez dogmática, y al mismo tiempo ser bastante concreto para poder servir de norma de acción. Establecimos como primera base no plantear los problemas económicos como oposición de intereses, lo que conduce a solucionarlos con un desplazamiento de riqueza; sino en una forma que demuestre la necesidad

(1) La terminología que aplicamos a los fenómenos sociales cuando comparamos la colectividad a un cuerpo o a un mecanismo, prueba hasta qué punto la “verdad científica” se reduce, en este terreno, a una tentativa de interpretación de la realidad. No es menos importante tener presente en todo momento este carácter convencional de los medios de expresión, que tener en cuenta la relatividad de la observación que sirve de base a la ley científica. Acontece que, por efecto de la costumbre, llegan a identificarse en el espíritu ambos conceptos: el de la sociedad que estudiamos, y el del organismo biológico o del mecanismo que hemos elegido para traducir el primero en términos concretos. Llegamos así a elaborar esas leyes que constituyen “instrumentos necesarios” para razonar sobre aquello que no nos es dado conocer de otro modo, pero que carecen de fuerza suficiente para trabar nuestra plena libertad intelectual.

y la posibilidad de resolverlos mediante una creación de riqueza o un ahorro de energía social. La posibilidad de la creación de riqueza resulta de la existencia, en estos países, de inmensas reservas de riqueza potencial; la del ahorro de energía es evidente por poco que se considere lo rudimentario de su organización económica. Luego definimos la obligación moral creada a las individualidades y al estado — en virtud de un principio esencial de solidaridad social — por esas condiciones económicas: las individualidades “deben” emplear sus aptitudes en actividades benéficas para el conjunto de la sociedad; el estado “debe” facilitarles el desarrollo de sus aptitudes, y mantener libre el acceso a las posibilidades económicas (naturales o sociales). Sobre estas bases formamos el concepto buscado, o sea nuestro criterio de interpretación, el que designamos con la fórmula “utilidad social” y cuyas proyecciones bosquejamos al señalar su aplicación a algunos de nuestros problemas económicos.

El concepto de “utilidad social” nos ha permitido hallar, para algunos de los problemas examinados en forma somera, soluciones que concuerdan en muchos puntos con ideas aceptadas generalmente. Pero hemos obtenido una mayor claridad: es por un proceso lógico que llegamos a las mismas conclusiones que ya han sido halladas empíricamente; y en vez de apoyarlas sobre la conveniencia particular de tales o cuales entidades, las basamos sólidamente sobre intereses de todo el cuerpo social, haciéndolas depender de un sistema general de economía. No es esto una mera consideración de forma, una cuestión de dialéctica; pues desde que sacamos un problema del campo exclusivo de los intereses particulares para vincularlo a una política económica que abarca el conjunto de la colectividad, para coordinarlo con otros problemas análogos que aparecían también aislados, interesamos en unos y otros a todos los miembros de la sociedad, obtenemos lo que podríamos llamar una cooperación de voluntades para afrontarlos — es decir, que el mismo impulso de tales o cuales entidades, que antes tendía sólo a resolver los asuntos que directamente las afectan, gravitará simultáneamente hacia la solución de esos y otros asuntos semejantes, sin disminuir su eficacia para ninguno de ellos; y, a la vez, se habrán suprimido, con esta unificación de cuestiones análogas, la resistencia opuesta por fuerzas que, queriendo hacer predominar sus intereses particulares, se consumían en el estéril propó-

sito de debilitar o neutralizar otras fuerzas paralelas. En otros términos: coordinando problemas que interesan al cultivador (aumento del precio de los productos), al obrero urbano (abaratamiento de los artículos de consumo), al capitalista (mayor rendimiento de la tierra, las maquinarias y demás instrumentos económicos), conseguiremos que la acción política o directa (formación de partidos, organización de cooperativas, etc.) de cada uno de ellos beneficie a los demás, y evitaremos que el obrero urbano, por ejemplo, perjudique los intereses del cultivador o el capitalista para hacer predominar los propios. Aplicamos la idea de la cooperación — acrecimiento de los resultados por el solo efecto de la agregación y coordinación de las fuerzas y sin que éstas tengan que aumentar o intensificarse — a la acción política o la acción social directa.

Al acrecimiento de los resultados, obtenido por la coordinación de las fuerzas, se agrega una intensificación de éstas, a efecto de unir un motivo de ética social a la razón de interés particular y general que inclina a resolver un problema económico en tal o cual forma. El agricultor, el obrero urbano y el capitalista combinarán sus esfuerzos porque saben que coincide el interés de todos ellos en que sea orientada en determinado sentido la marcha de la colectividad; pero su acción no será impulsada sólo por una idea de conveniencia, sino también por un concepto de justicia. Por lo tanto, al mismo tiempo que habremos acrecido la magnitud de las cuestiones reunidas en un sistema general de economía, habremos elevado también su nivel, suscitando probablemente el interés de esa parte de la población a la que eran completamente indiferentes. No tiene poco peso esta consideración, pues si la acción popular, para ser constante, metódica y producir resultados eficaces, debe estar orientada hacia una finalidad concreta, solo llega a un alto grado de intensidad cuando ese objeto concreto puede emocionar las masas, principalmente cuando está unido a una idea de justicia o injusticia. Idealizar problemas áridos o cuestiones prácticas, sin dejar de apreciarlas con sólido buen sentido y estudiarlas seriamente, es crear una fuerza inmensa que ha de concurrir a su solución.

Vemos, pues, que aun si el criterio de interpretación propuesto no nos llevara a definir un solo problema nuevo, ni nos ofreciera una sola solución desconocida para las cuestiones que abarca, si se redujera a un mero concepto de coordina-

ción, sería siempre susceptible de producir considerables resultados. Tiene mayor alcance. Hicimos notar ya que los problemas examinados desde este punto de vista adquieren una gran claridad. La enredada discusión entre proteccionistas y libre-cambistas, por ejemplo, se simplifica notablemente — en relación a las condiciones de nuestro medio bien entendido — quedando planteada en términos tales que cualquier mente medianamente desarrollada y con rudimentos de instrucción puede abarcarla y decidir entre ambas doctrinas. De modo que, exponiéndolas con el criterio de la utilidad social, llega a ser posible explicar a las masas y hacerles comprender ciertas cuestiones que hasta ahora han debido ser resueltas por su voluntad — en forma activa o negativa — y que *nunca han comprendido*. No es aventurado el aserto. Piénsese en el esfuerzo de abstracción que debe realizar una mente cultivada para “dominar” un problema como el del proteccionismo — que es de los más sencillos que aparecen en la vida de una colectividad — pesando alternativamente los argumentos en pro y en contra, estableciendo el balance de unos y otros, para llegar a una convicción propia — y se percibirá la imposibilidad de que cerebros no familiarizados con la abstracción puedan llevar a cabo ese proceso mientras tales cuestiones se sigan exponiendo con las viejas fórmulas. No pretendemos decir que se pierde el tiempo cuando se las debate en las columnas de la prensa, en las asambleas políticas, en las tribunas populares. Algo comprenden las masas en esos casos: primeramente, las afirmaciones rotundas (1); además, ciertos argumentos que encierran una lógica accesible. Pero no van más allá. Y como a una afirmación se opone otra afirmación, a un argumento a menudo efectista o sofístico, otro equivalente, y que el problema está planteado en términos demasiado abstractos para que una mentalidad mediocre — la inmensa mayoría de las mentes, sin distinción de condiciones sociales, que todas ellas forman parte de la multitud, hablando psicológicamente — pueda abarcarlo en conjunto y resolverlo con buen sentido, se inclina esa mente a uno u otro lado por sentimiento, no por convicción: acepta la opinión que tal partido o per-

(1) Gustave Le Bon define cuatro medios de acción sobre la multitud: el prestigio, la afirmación, la repetición, el contagio mental. Es de notar que la afirmación obra como un acto de voluntad, al que se somete la multitud “cuando la idea coincide con sus sentimientos” y sea cual sea el grado de lógica o absurdo que encierre.

sona ha sostenido por el solo hecho de ser tal persona o partido quien la defiende; si no, adopta el primer juicio que oye, sin entenderlo mayormente, y seguiría dando la razón al último que ha hablado si una vez admitida una opinión no interviniera el amor propio para hacerla empeñarse en sostenerla, hasta que causas sentimentales bastante poderosas la inclinen en sentido opuesto. A pesar de esto, existe una conciencia de las masas, que se define claramente en las horas históricas y muchas veces las lleva con seguridad infalible a la conquista de los grandes progresos humanos, aunque también suele arrastrarlas a catástrofes irremediables — esto último por deficiencia de comprensión, por ideas erróneas que se han divulgado, han arraigado en el alma popular y se han transformado en sentimientos, antes que por perversidad ética ingénita (1). Esa conciencia aparece con menor intensidad en todos los movimientos de opinión tendientes a resolver problemas trascendentales de una sociedad. También en tales casos suele revelar un acierto y una seguridad que sorprenden, demostrando que no sólo con afirmaciones, argumentos sofisticados o sentimientos se alimenta. Se habla entonces de intuición — y no está mal aplicada la definición, siempre que no se pretenda ver en esa intuición la influencia de fuerzas o poderes super-humanos. Se trata sencillamente de una intuición que arranca de la experiencia. Si notamos que aparece siempre para resolver problemas planteados en la práctica y jamás puntos abstractos, aun fáciles de definir (surgirá para suprimir una injusticia social o para determinar en una población de exagerada densidad un movimiento migratorio hacia países donde son mayores las posibilidades; nunca para revelar a las masas la trascendencia de un gran invento científico antes de que se haya extendido su uso: ferrocarriles, vapores), si notamos que se relaciona únicamente con hechos presentes y sentimientos — realidad tangible y reacciones emotivas del individuo, no reacciones intelectuales — no nos es difícil descubrir su “modus faciendi”. Las ideas que se deducen de la práctica son percibidas, aunque no definidas, por las mentes individuales y permanecen latentes en la subconscien-

(1) La revolución francesa y la crisis militarista alemana que ha determinado la guerra actual son dos ejemplos de este fenómeno, muy diferentes en su aspecto exterior, causas determinantes, resultados, condiciones concomitantes, etc.; pero con mucha semejanza en cuanto al proceso psicológico.

cia. Aparecerán un día, como intuiciones o sentimientos, al contacto de un concepto preciso que las defina o coincida con ellas, el que será aceptado por esos intelectos y llevado a un grado máximo de intensidad — siempre que les haya sido dado comprenderlo y correlacionarlo con esas impresiones latentes en su subconciencia, pues si se tratara de un concepto demasiado abstracto no tendría sentido alguno para la mente que ha sido ya incapaz de definir por sí una impresión. Es lo que explica el éxito, aparentemente milagroso, de los grandes conductores de hombres: apóstoles, caudillos, poetas — éxito que no depende nunca de la profundidad de su pensamiento y la solidez de su lógica, de una real superioridad de inteligencia, del mérito intrínseco de sus ideas, sino de la coincidencia de éstas con los sentimientos e intuiciones del gran número. Bajo el punto de vista intelectual, prescindiendo de la fuerza de voluntad y demás condiciones de carácter que necesitan para triunfar, son meros “condensadores” de intuiciones generalizadas; que para mejor se valen no pocas veces de fórmulas ya halladas anteriormente por pensadores que no hicieron vibrar las masas, que apenas asomaron fuera de la oscuridad, porque no llegaron a su hora, acaso también porque manejaron sus conceptos como áridas abstracciones, sin percibir su trascendencia ni saberlos animar con un soplo de entusiasmo. En verdad, no por ello son menos necesarios, esos conductores de hombres, para la ascensión ininterrumpida de la humanidad. Sin ellos hubieran permanecido estériles esas intuiciones que condensaron en conceptos definidos y acaso se hubieran perdido esas mismas fórmulas intelectuales, a las que infundieron un hábito vital, si no las crearon, que divulgaron e incorporaron definitivamente al espíritu de las multitudes en marcha. Pero la magnitud que durante varios siglos y a través de muchas generaciones se les reconoce, depende únicamente del éxito; no de cualidades esenciales, como lo pretende la doctrina proclamada por Carlyle en una obra tan interesante y llena de vida en tanto que disertación literaria, como pobre de lógica y deleznable en tanto que sistema filosófico. Esos héroes han puesto de suyo la fuerza de carácter necesaria para realizar su obra y la potencia de idealismo que les permitió percibir su trascendencia. Pero sólo la coincidencia de esas cualidades inherentes a su personalidad con circunstancias exteriores, pudo hacerlos héroes. En otras condiciones hubieran permanecido ignorados. ¡Cuántas voluntades y cuántos espíritus esencialmente tan potentes ha habido

y hay en las filas de la multitud que no se revelaron o no han de revelarse, ni conocerse a sí mismos, porque no los han llamado las circunstancias!

Si por este modo intuitivo de intelección llegan las masas a resolver los problemas sociales, sólo es al cabo de un proceso sumamente largo y con una gran imprecisión de resultados. Y ciertos problemas requieren ser resueltos con rapidez o no admiten soluciones aproximadas, sino fórmulas definidas y practicables. Es éste el gran escollo de la democracia. Los anglosajones han logrado salvarlo en parte debido a su mentalidad que les permite descubrir el rasgo característico de un asunto complicado, para presentarlo a las inteligencias populares gráficamente o en ideas sencillas, accesibles, siempre de modo interesante, con cierto dejo de humorismo. La propaganda de liberales y conservadores durante la lucha memorable que empezó en 1909, en la que se jugaban los privilegios de la cámara de los lores y debía decidirse la orientación de la sociedad inglesa hacia el socialismo de estado, y la propaganda oficial de 1914-1915 para formar un ejército de voluntarios, han puesto de relieve esta peculiaridad mental. Los métodos empleados en ambos casos para la difusión de ideas entre las masas fueron tan eficaces como características. Sin embargo, sería tal vez difícil implantarlos en pueblos de distinta mentalidad; y encierran, además, el grave peligro de prestarse a la caricatura, a la paradoja, al sofisma o la argumentación efectista, puesto que presentan sólo un rasgo de un asunto complejo, y no su síntesis: el mismo defecto de la argumentación sostenida en discursos del comité o callejeros, con la diferencia de que en éstos el oyente es mareado por la sonoridad de las palabras, mientras en la forma de propaganda a que nos referimos conserva su libertad de espíritu para juzgar, hasta donde se permite su capacidad intelectual, el argumento que se le presenta.

Tenemos, pues, que nos es sumamente difícil llegar con nuestras formas habituales de pensamiento a la inteligencia de la multitud, dificultad que se eleva como una barrera casi insalvable en el camino de la democracia y que nos impide concentrar, para resolver determinadas cuestiones o impulsar ciertas iniciativas, todas las energías populares que se interesarían en unas y otras si las masas llegaran a comprenderlas. Por ello es que puede ser útil todo sistema o idea-instrumento que en mayor o menor grado ayude a simplificar y exponer en forma accesible los problemas de la sociedad.

Cuando planteamos una cuestión en términos distintos de los habituales — aun no siendo ni más ni menos exactos, ni más ni menos accesibles, sino únicamente distintos — descubrimos nuevas perspectivas y se nos ofrece la posibilidad de hallar soluciones imprevistas por poco que persistamos en el análisis. Podría alegarse que en nuestras colectividades americanas, principalmente latinoamericanas, caracterizadas ya por su excesivo afán innovador, por la inestabilidad, en la práctica, de sus sistemas, doctrinas e ideas, tanto en el orden económico como en otras fases de la vida social, son innecesarias las fórmulas nuevas, acaso perjudiciales, puesto que contribuyen a estimular esa modalidad; que es, al contrario, el espíritu de método, la perseverancia en los sistemas ya implantados, lo necesario. En efecto, el afán innovador y la inconsecuencia han hecho mucho daño en América: considerables fuerzas sociales han sido perdidas, iniciativas meritorias se han malogrado, muchos caracteres se han enervado. Pero estos daños son la consecuencia de la pasión de innovar por innovar y no de la tendencia a transformar para perfeccionar. Las repetidas modificaciones que hacemos sufrir a nuestras instituciones se caracterizan casi siempre por una ausencia completa de originalidad; salvo excepciones se reducen a una adaptación poco meditada de ejemplos transoceánicos: mero mimetismo. Sin embargo, dada la ausencia de prejuicios arraigados y la plasticidad de los elementos componentes del cuerpo social, así como las características económicas que nos diferencian de las colectividades europeas, nos sería posible hallar, para nuestros grandes y pequeños problemas sociales, soluciones imprevistas y quizá inaplicables en el viejo mundo. Tenemos una prueba irrefutable de ello en la evolución de los Estados Unidos, donde han surgido instituciones educacionales, penales, de acción social, de divulgación de ideas, etc., sistemas de cultivo, de fabricación, de comercio, etc., completamente originales y no pocas veces de eficacia difícilmente superable. Otro tanto podríamos hacer en cada una de las repúblicas latinas teniendo bastante iniciativa y libertad de ideas para salir de las fórmulas rutinarias. Sería sin duda necesario, para este fin, que planteemos los problemas económicos o sociales desde un nuevo punto de vista, lo que nos facilitaría la disociación de sus elementos; pues mientras los sigamos definiendo en los términos conocidos, hemos de llegar siempre al mismo resultado, sugestionados como estamos por los antecedentes. Notamos ya que el problema de la población

de la tierra presenta un aspecto nuevo al examinarse la colectividad en conjunto con el criterio de la "utilidad social". Y es preciso tener en cuenta que nos hemos limitado a señalar una idea y delinear sus proyecciones. A medida que se fueran apreciando con este cartabón las diversas cuestiones de interés general y se intensificara la observación, irían apareciendo soluciones nuevas y prácticas.

Señalamos la eficacia de la fórmula propuesta en tanto que concepto de coordinación, prescindiendo de las ideas que puede sugerir. Además, la coincidencia con ideas prácticas aceptadas generalmente, a la que llegamos — que no excluye la posibilidad de definir mejor o perfeccionar esas mismas ideas prácticas a medida que profundicemos el análisis desde nuestro punto de vista — tiene otro mérito: mantener el sistema en contacto con la realidad actual. Queda demostrado así que no hemos enúnciado un concepto teórico edificado sobre abstracciones, que tienda a suplantar el orden de cosas existente por otro, cuya bondad no ha sido demostrada experimentalmente; que no pretendemos amoldar la realidad a una construcción ideológica. Formamos un sistema partiendo de los hechos presentes, llegando a coincidir con muchas de las consecuencias halladas empíricamente. Sistematizamos la realidad en vez de teorizar imaginativamente. Y creemos haber salvado así la distancia inmensa que separa la práctica de la teoría. Falseando el mundo real para amoldarlo a las conveniencias de nuestra dialéctica, nos es siempre fácil formar sistemas generales de economía de lógica perfecta — sistemas llamados a quedar en un puro juego de ideas, tal vez en una mera combinación de palabras, para la gran mayoría, porque muchos no los comprenderán, y quienes los entiendan tendrán que luchar con dificultades casi invencibles cuando se trate de ponerlos en práctica. No es posible reaccionar arbitrariamente contra la costumbre, deteniendo el impulso adquirido por los elementos sociales o desviándolo según nuestras teorías; y aun siendo posible, exigiría ello un esfuerzo tal que el sacrificio de energía superaría en mucho a los beneficios que habrían de lograrse. Aquí es donde durante mucho tiempo, y particularmente desde fines del siglo XVIII, han fracasado la mayor parte de quienes pretendieron organizar económica o socialmente las colectividades, de acuerdo con sistemas abstractos. Los resultados de esos intentos de organización, nulos algunas veces, desastrosos otros — pues llegaron a acumular ruinas irreparables — dieron lugar a la

formación de una doctrina fatalista que, apoyándose en el determinismo, nos afirma la imposibilidad de guiar la evolución de las sociedades. Ilusión optimista de los ideólogos reformadores y pesimismo sistemático de sus adversarios doctrinarios, son los términos opuestos, tan alejados uno como otro de la realidad, que, transformados en móviles de acción o inacción, coinciden en impedir el progreso normal de la colectividad. La imposibilidad de amoldar el conglomerado social a la fantasía de nuestras elucubraciones está ya palmaria-mente demostrada por la experiencia. En cuanto al error de los apóstoles de fatalismo, lo hemos señalado en otra ocasión (1). Quedemos en el término medio entre ambas exageraciones. Todo intento de mejoramiento social que requiera una transformación fundamental de los hechos existentes y de las ideas aceptadas, debe vencer dos graves obstáculos: la

(1) El problema del determinismo se reduce, en concreto, a saber si la voluntad humana puede influir sobre las fuerzas sociales. Sin la menor hesitación, contestamos afirmativamente. Iguales causas determinan siempre el mismo efecto; pero cuando intervienen voluntades humanas para provocar un hecho o impedir que se produzca, se altera el balance de causas preexistente, pues esas voluntades son también fuerzas sociales. No es razonablemente posible negar que son fuerzas, causas que gravitan, como las de cualquier otro género, sobre la marcha de las colectividades. Sólo puede hacerse notar la considerable desproporción existente entre el peso de esas causas y el de aquellas otras que tratan de contrarrestar: una voluntad—o un núcleo de voluntades—que apoyándose únicamente en motivos abstractos, en razones de lógica, quiera modificar las costumbres de una sociedad, está destinada fatalmente a estrellarse y destruirse sin obtener el menor resultado práctico, por vigorosa que sea. Cada voluntad aislada tiene, sobre los fenómenos sociales, la influencia de un nadador sobre un río de fuerte corriente, el que, a lo sumo, podrá remontar, pero sin alterar en forma apreciable el curso de sus aguas. Sin embargo, si esta fuerza relativamente ínfima es utilizada por una inteligencia que conozca debidamente el medio sobre el que se trata de influir, puede multiplicar sus efectos. Seguirá invariable el peso intrínseco de esa voluntad; pero en vez de oponerse directamente a ciertos fenómenos irreductibles en apariencia, buscará en el conglomerado social fuerzas antagónicas a sus elementos: con un mínimo de esfuerzo, las estimulará y las combinará, formando un haz de causas con impulso suficiente para neutralizar los elementos uno por uno, y, por ende, suprimir los fenómenos.

(“La Crisis del Parlamentarismo” E. J. J. B. “Boletín del Museo Social Argentino”, mayo-junio 1915).

fuerza de inercia, que se opone al reconocimiento de los méritos del plan de mejoramiento; el impulso adquirido por los factores sociales, que exige, para ser anulado, un esfuerzo proporcionado a su intensidad, vale decir un *sacrificio estéril* de energía. En cambio, si en vez de contrariar directamente lo existente, tratamos de coordinarlo, de obtener una percepción de conjunto que permita a agentes aislados comprender la conexión de su acción con la de muchos otros agentes que concurren a formar la vida de la colectividad, de modo que, sin perder de vista el detalle en que están empeñados, sigan una idea general superior a ese detalle y armonicen sus esfuerzos con todos los demás guiados por la misma idea; si, en vez de pretender contrarrestar los hechos con conceptos abstractos, anularlos por una simple afirmación teórica, los explicamos, demostramos su trascendencia, sus concomitancias, hacemos que las individualidades que tienen el dominio directo de esos hechos y a la vez dependen de ellos sean mayormente concientes de sus actos,— entonces lograremos influir sobre la marcha de la sociedad sin malgastar energías en una lucha estéril contra la fuerza de inercia o el impulso adquirido.

En la Argentina, la acción social realizada por el pueblo en conjunto, mediante las instituciones democráticas, se caracteriza por una ausencia absoluta de tendencias definidas, ideas generales, sistemas de gobierno, con una sola excepción: el socialismo. Consecuencia de ello es que los resultados de esa acción, además de ínfimos en relación a la magnitud y el número de los problemas planteados por las condiciones del país, son desordenados, contradictorios, inestables. Las cuestiones resueltas lo son siempre empíricamente o al azar de impresiones superficiales, aun en los pocos casos en que fueron estudiadas amplia y profundamente por intelectuales aislados o debatidas en todas sus facetas en la prensa y en el parlamento, pues casi nunca la determinación adoptada es el resultado del estudio hecho o la lógica consecuencia de los argumentos alegados en pro o en contra durante el debate. Fuera de la defensa de los intereses propios, de ciertos puntos de vista sostenidos con constancia por entidades aisladas o pequeños núcleos, y del socialismo — que tampoco es, entre nosotros, un concepto definido, sino una masa de voluntades flotante e imprecisa — no hallamos en el pueblo, ni en los partidos, ni en los hombres una idea directriz que inspire sus iniciativas y

rija su conducta. La desorientación general es sólo comparable a la inconsecuencia, a la ligereza con que se destruye lo hecho ayer o se construye a tambor batiente, aunque con vagas proyecciones trascendentales, lo que mañana será deshecho. En ensayos, iniciativas efímeras, transformaciones, en esfuerzos malogrados o en una estéril agitación en el vacío se desvanecen ideales, se pierden las mejores energías sociales. Falta en todas partes la vibración de vida intensa, el impulso ascensional que animó a una *pequeña minoría* en 1810, a otra *pequeña minoría* después de Caseros. Y sin embargo, el país, el pueblo, toda la nación con sus elementos naturales y sociales están allí rebosante de energía potencial.

Para que las mentes individuales puedan *sentirse vivir de la vida de la colectividad*, puedan ser conscientes de que forman parte de un todo e interesante por ese todo, para que puedan formarse partidos de opinión, partidos que persigan un fin concreto, que no se limiten a aspirar al ejercicio del poder o el disfrute de los puestos públicos, que no se contenten con agitarse en torno de huecas fórmulas, de palabras sonoras que carecen de aplicación en la realidad, es necesario unificar y animar con una idea común los problemas aislados o particulares que presenta la colectividad. Una fórmula de coordinación es, pues, necesaria — a más de que facilita la solución de esas cuestiones por su más clara definición y por provocar una cooperación de voluntades — para constituir un vínculo entre las distintas partes de la colectividad, extendiendo la conciencia de las individualidades más allá del radio que abarcan sus intereses particulares. Teniendo que servir de norma de acción a las masas, esa fórmula debe tener un carácter netamente práctico, conducir a hechos concretos en vez de afirmaciones doctrinarias — aunque sin reducirse a un sistema “técnico” sin otro alcance que los resultados materiales que permita obtener — : debe encerrar una noción de idealismo en virtud de la cual pueda obrar sobre la emotividad popular. Al mismo tiempo, y en virtud de las recordadas características de la psicología colectiva, tiene que ser accesible, poder ser comprendida sin dificultad por cualquier mente. En su examen detallado, vimos que el concepto de la “utilidad social” reúne todas estas condiciones. Pero, si ha de ser una norma eficaz de acción política, es preciso que las soluciones concretas a las que conduce sean practicables de inmediato, que una la ponderación y el buen sentido al idealismo y la lógica. Aquí es donde fallan la generalidad de los planes de

organización social, particularmente las doctrinas socialistas. Al presentar a las masas una finalidad irrealizable de inmediato, al arrastrarlas a una acción de problemáticos resultados concretos, exponen a desalentarlas, esterilizando sus anhelos de progreso, o a hacerles cultivar una ilusión peligrosa por el hecho de falsear la neta percepción de las realidades. Dando por admitido que algunas de las afirmaciones teóricas comprendidas bajo la designación común de socialismo han de traducirse un día en hechos, sólo podrá ser después de una lenta evolución, a menos que se quiera sacrificar energías y acumular ruinas en un choque contra la fuerza de inercia y el impulso adquirido por los factores sociales, impulso adquirido del que participan también los reformadores, de modo que al entrar en el terreno de la práctica tendrían que contrariar no pocos de sus intereses particulares. No lo ignoran los apóstoles de esas doctrinas, salvo casos excepcionales en que se trata de místicos o de espíritus falseados por los desvíos de su propia dialéctica. Por ello es que, en Europa, los más inteligentes entre los conductores del socialismo, se transforman con tanta facilidad en ministros, adoptando lo que siempre calificaron de "moral burguesa" — consecuencias que no sería razonable condenar con demasiada acritud, pues el hecho de prever que dentro de un futuro más o menos remoto la sociedad en que vivimos llegará a tal forma de organización — etapa de su evolución ininterrumpida — no es motivo suficiente para dejar de vivir esperando la llegada de esa hora. Para una mente que comprenda cómo se operan las transformaciones sociales y sepa hasta qué punto las voluntades humanas pueden influir los acontecimientos, no hay contradicción entre afirmar la necesidad y la justicia de una reforma, esforzarse en ir la realizando progresivamente con los medios de acción de que se dispone, y, al mismo tiempo, aceptar el actual estado de cosas tal cual es, adaptando nuestra vida a las condiciones del medio. Pero las masas no perciben esto; no tienen la noción del perpetuo "devenir" de las colectividades, de la transformación incesante, más intensa y definitiva, precisamente, cuando más lenta y menos visible para un observador superficial; no llegan a entender la imposibilidad — que depende de condiciones psicológicas de todas las partes de una sociedad, tanto de las que pueden ser beneficiadas como de las que puedan ser perjudicadas por una innovación — la imposibilidad de transformar a voluntad la organización social. Entonces, no alcanzando al dualismo de sus conducto-

res, se ven reducidas a caer en el pesimismo crónico, el desaliento, la apatía, o a vivir en un estado de constante ilusión, estados tan perjudiciales el uno como el otro porque mantienen un descontento permanente contra el orden de cosas existentes, falsean la recta percepción de los hechos y, por un efecto de auto-sugestión, empeoran las condiciones de vida. Esas doctrinas que no concuerdan con las posibilidades inmediatas pueden ser agitadas y debatidas únicamente como ideas teóricas, para preparar los espíritus a su futura realización; no en el campo de la acción política o la acción directa. La distinción entre programa máximo y programa mínimo, a que han apelado todos los partidos socialistas, no salva la dificultad. Admitiendo que el programa máximo queda relegado a la región de las teorías sin aplicación inmediata, que es sólo una enunciación de principios sin consecuencias en el terreno de los hechos, y que la finalidad perseguida por la acción política se reduce al programa mínimo, nos hallaremos con que esos partidos se esfuerzan en obtener unos pocos objetos concretos, a menudo inconexos entre sí, y sin mayor alcance, a ojos de las masas, que los beneficios directos que podrán procurarles. El programa máximo es inadmisibles como móvil de acción; el programa mínimo se apoya únicamente sobre el interés particular e inmediato de una parte de la población, prescindiendo algunas veces de todo principio de solidaridad nacional, pretendiendo subordinar los intereses generales a esos intereses particulares. Estamos frente al gran error de las doctrinas socialistas, que es precisamente el primer peligro que nos propusimos evitar al iniciar este estudio: la división de la sociedad en clases antagónicas — no en núcleos diferenciados pero solidarios, sino en clases antagónicas, hostiles, algunas de las cuales deberán mejorar sus condiciones por un desplazamiento de riqueza que empobrecerá a otras, en vez de una creación de riqueza que beneficie al conjunto del cuerpo social, y cuyo antagonismo ha de traducirse en una pérdida de energía para la colectividad, a consecuencia de roces y de esfuerzos por subyugarse.

El principio de la "utilidad social" nos permite obtener los mismos resultados concretos perseguidos por los programas mínimos del socialismo — mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado — salvando todas las exageraciones e inconvenientes de esos programas, y beneficiando simultáneamente las demás partes de la sociedad. En vez de destruir la solidaridad nacional en nombre de la solidaridad

de clase (1), la llevamos a un alto grado de intensidad; en vez de hacer pesar sobre una parte de la sociedad el poder del estado, con el fin de favorecer a otra, facilitamos a todas las individualidades el pleno desarrollo de su potencialidad vital. Así es como el criterio propuesto puede servir de norma de acción y de programa indistintamente a un gobernante o a un partido de oposición: ofrece bastante beneficios para mover a las masas populares, y es suficientemente concreto y practicable para poder ser puesto en ejecución.

Acaso parezca extraño que hayamos relacionado en este estudio ideas prácticas con conceptos de crítica filosófica — conocimientos que se consideran habitualmente como de naturaleza distinta. No aceptamos este modo de ver. Aunque reconociendo la necesidad de establecer, entre ambos géneros de ideas, una neta demarcación que facilite el estudio de unas y otras al permitir la especialización, y sin perder de vista la oposición conceptual entre lo concreto y lo abstracto, creemos, no obstante, que esa demarcación crea una diferencia convencional en vez de sancionar una diferencia esencial. La ciencia abstracta arranca de la experiencia — no del experimento científico, sino de la experiencia que hallamos a cada paso en la vida corriente, es decir, del conocimiento concreto — y tiene por objeto hacernos comprender mejor, más exacta y más profundamente, la vida en sus múltiples manifestaciones: orientar el conocimiento concreto.

Este fin de orientación se realiza a menudo naturalmente y sin que de ello tengan conciencia las mismas mentes sometidas a la influencia de las elevadas especulaciones abstractas, por efecto de los hábitos mentales que forman, que harán interpretar en cierto sentido las impresiones sensorias y ordenar y relacionar de tal o cual modo los conocimientos concretos. Pero la ciencia abstracta sólo llena completamente su misión cuando se la utiliza consciente y deliberadamente para coordinar, unificar los conceptos concretos que aplicamos en nuestras relaciones con el mundo sensible. Es, pues, erróneo querer aislar la abstracción científica o filosófica de las ideas prácticas, pretender hacer de una y otras dos mundos

(1) Empleamos el término "clase" para atenernos al léxico socialista, y no porque lo aceptemos. Dada la inestabilidad de los actuales elementos componentes de las sociedades americanas, no puede señalarse su división en clases. Es una opinión que ya hemos sostenido extensamente en otra ocasión.

distintos; es un prejuicio que tiene los caracteres de los dogmas sociales que pretendían crear entre los hombres diferencias esenciales, dividiéndolos en castas inconfundibles. Ambos órdenes de conocimiento se completan y son inseparables: tan necesarios son los conceptos concretos para servir de base a la síntesis abstracta, como ésta para orientar aquéllos.

Con lo dicho nos exponemos a un reproche ya estereotipado: el de rebajar el nivel de la ciencia al someterla a un concepto utilitario, el de querer sacar el espíritu especulativo de la región superior en la que reside. El hombre de ciencia, como el filósofo, el poeta o el artista, quiere tener su torre de marfil en la que le sea posible abstraerse lejos de la mirada de la multitud, sin contacto con la vida material, al amparo de la bandera: "la ciencia por la ciencia", equivalente a aquella otra: "el arte por el arte". Nos inclinamos ante la bandera; pero condenamos el aislamiento... en virtud del mismo principio proclamado. El culto de la ciencia por la ciencia es *la más elevada forma de vida* que pueda alcanzar el ser humano, más elevada que el culto del arte por el arte, puesto que aquélla es vida de nuestras facultades intelectuales, está hecha de "idea", mientras ésta está hecha de "sensaciones"— y la sensación es sólo un grado intermedio entre el instinto y la idea. Pero ¿en qué consiste esa forma de vida? En el conocimiento, en la comprensión de la vida, que no es una abstracción, sino lo concreto, los hechos, los fenómenos, los acontecimientos, cuanto cae bajo nuestro dominio sensorio. Sí, desde el primer conocimiento *subjetivo* de la *apariencia exterior* de las cosas que nos proporcionan nuestros sentidos hasta el conocimiento hipotético de su esencia que alcanzamos en la abstracción, es inmensa la distancia, está ocupada por una infinidad de grados, tan próximos unos a otros que se recorre la escala insensiblemente. En cualquier punto en el que nos hallemos, es siempre la facultad de comprender, de definir, de formar un concepto que ejercemos, intensificada, sutalizada a medida que avanzamos, pero siempre la misma esencialmente. Y siendo uno solo el objeto y uno solo el modo del conocimiento, no es posible establecer una demarcación absoluta entre unos y otros grados, menos aun quererlos oponer unos a otros como dos órdenes de conceptos diametralmente distintos: el mundo material y el mundo abstracto. La ciencia no es la abstracción, sino el conocimiento; parte del hecho concreto, en él tiene su única base posible y no tiene otro fin que hacérselo comprender. Negarlo equivaldría a reducir la ciencia a la dia-

léctica. Desde que hayamos incurrido en este error, tendremos que reconocer como ciencia (1) todo ejercicio de razonamiento, aun realizado sobre bases erróneas o imaginarias, todo malabarismo dialéctico en el vacío, más o menos ingenioso, entronizar de nuevo la escolástica con las aberraciones sin número y los contrasentidos sin límite a que dió origen. Entonces, sin duda alguna, habremos envilecido la ciencia al separarla de la realidad y transformarla en un juego de ingenio con términos representando valores convencionales como los de un juego de naipes. La alta especulación científica y las combinaciones imaginarias, la dialéctica girando en el vacío, tienen la abstracción como carácter común; si no las relacionamos con el mundo real, no notaremos la diferencia absoluta existente entre una y otras. Es por ello que la crítica filosófica, entendida superficialmente, puede producir la impresión de pertenecer al mismo orden de ideas que la escolástica. ¡Qué abismo no hay, sin embargo, entre las divagaciones de un teólogo de la edad media y el análisis o la síntesis científica! Aquéllas no significaban nada, enredaban la inteligencia con argumentos sofísticos o la aplastaban bajo un derroche de verbalismo, hasta obligarla a aceptar como verdaderas, frases sin sentido alguno: parecían un reto al buen sentido humano; éstas nos permiten ir reduciendo, una tras otras, las formas más complejas de la vida a conceptos precisos, fácilmente inteligibles. Obsérvese que por mucha que sea la profundidad y sutileza de tales conceptos, aun tratándose de ideas que buscan su forma definitiva, no habiendo llegado aun a condensarse, como la corriente intelectual sustentada por James, Bergson y gran número de pensadores modernos, franceses principalmente de la que nos hemos ocupado en el capítulo I, obsérvese cómo es posible traducirlas en fórmulas concretas aplicables al mundo sensible (la representación gráfica de la colectividad que intentamos, con la que luego pudimos explicar, mejor que con los demás medios de expresión a nuestro alcance, como es posible que proteccionistas y libre-cambistas parezcan estar en lo cierto cuando se analizan lógicamente sus respectivos alegatos, y no sea posible demostrar la falsedad de sus argumentos al confrontarlos con los hechos en que se basan, aunque se les puedan oponer otros hechos que parecen demostrar lo contrario de sus afirmaciones) fórmulas incompletas que si no encierran ni pueden encerrar to-

(1) Es de notar que involucramos la filosofía en la ciencia.

da la idea abstracta, permiten proyectarla sobre los hechos sensibles, para interpretarlos: de esos hechos ha salido la idea, y a ellos vuelve.

El mérito de la ciencia abstracta o concreta está en el conocimiento certero—de una verdad relativa a nuestros medios de intelección y los datos que nos proporciona la experiencia. En el acto de comprender, no en el de razonar, debe residir el placer del hombre de ciencia, el fin de quien la cultiva por sí misma. El razonar es vida de nuestro espíritu; el comprender es extensión e intensificación de esa vida, pues la pone en comunicación con aspectos del mundo exterior, de la vida, que le eran antes desconocidos. ¿Por qué, entonces, el conocimiento concreto que facilita esa comunicación resulta árido y vulgar a muchas mentes? En parte, por hallarse dentro de un orden de ideas que ya conocemos, que no nos ofrece el atractivo de lo imprevisto. También, a menudo, porque no son esas, mentes científicas, pues el conocimiento abstracto les atrae, no por la verdad que encierra, sino por la fantasía con que lo ha revestido su imaginación, es decir, en razón de su imperfección, de aquello que tiene de contrario a la ciencia. Cerebros imaginativos, espíritus de poetas o literatos, se mueven con las fantasías que crean, y no tienen la pasión de la verdad, ni saben sentir la vida tal cual es, sin ropaje literario. Los otros, los capaces de emoción intelectual por el solo ejercicio de su facultad cognoscitiva, no necesitan establecer una barrera infranqueable entre las ideas prácticas y los conceptos abstractos.

ERNESTO J. J. BOTT.
